

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

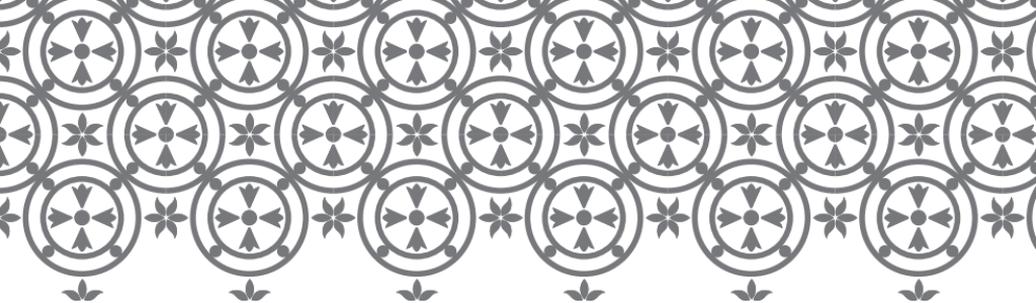
El cielo de más arriba

Poemas sobre el entorno

Selección y prólogo de
Luis Armenta Malpica y Gustavo Iñiguez



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

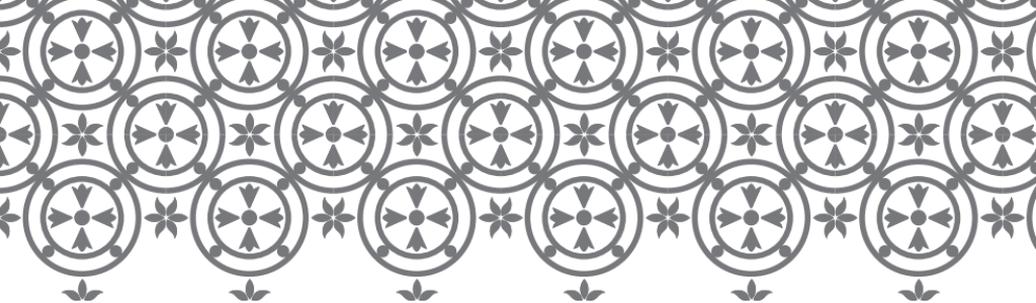


El cielo de más arriba

Poemas sobre el entorno

Selección y prólogo de
Luis Armenta Malpica y Gustavo Iñiguez

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA



El cielo de más arriba

Poemas sobre el entorno

Selección y prólogo de
Luis Armenta Malpica y Gustavo Iñiguez



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Miguel Ángel Navarro Navarro
Rectoría General

Carmen Enedina Rodríguez Armenta
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2018

Directores de la colección
Hugo Gutiérrez Vega †
Lucinda de Gutiérrez Vega †

Coordinador de la colección
Jorge Alfonso Souza Jauffred

Selección y prólogo
Gustavo Iñiguez Gómez
Luis Armenta Malpica

D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Noviembre de 2018

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado lector:

La lectura es una actividad esencial para la transformación de los seres humanos; constituye la base del aprendizaje, la comunicación, la imaginación y la inteligencia, determinantes para el desarrollo intelectual y emocional.

Leer nos permite conocer el mundo, enriquecer el espíritu y recrear nuestras experiencias. Leer nos constituye como individuos libres, capaces de ejercer nuestros derechos y cumplir con nuestras obligaciones. Leer nos ayuda a resolver problemas. Leer es pensar.

Leer es descubrir otros mundos, universos desconocidos que abren nuevas puertas; leer es conocer las experiencias, las emociones y los pensamientos de otras personas. Leer es un privilegio.

Prácticamente todos los niveles escolares y todas las ocupaciones laborales requieren de habilidades lectoras. Ser un lector funcional demanda comprender los documentos y las leyes que regulan nuestro comportamiento en sociedad. La lectura propicia la formación de ciudadanos informados, críticos e independientes y los convierte en agentes de cambio.

El Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar, de la Universidad de Guadalajara, tiene el objetivo de poner a disposición de niños y jó-

venes de distintos niveles educativos, dentro y fuera de las instalaciones universitarias, obras que motiven su entusiasmo por la lectura y promuevan el desarrollo de su competencia lectora.

Letras para Volar es el resultado del trabajo y la generosidad de un gran equipo de académicos, autores e ilustradores. Va para ellos nuestro agradecimiento por esta contribución.

Miguel Ángel Navarro Navarro
Rector General

Índice

- 15 El poema: un entorno cercano**
- 19 El cielo continúa pasando.
Poemas de autores latinoamericanos**
- 21 Nicanor Parra
Soliloquio del individuo
- 26 Eugenio Montejo
El canto del gallo
- 27 Raúl Zurita
A las inmaculadas llanuras
- 29 María Auxiliadora Álvarez
El cielo de más arriba
- 30 Antonio Cisneros
Entonces en las aguas de Conchán
- 33 Idea Vilariño
El mar
- 34 Gonzalo Rojas
Dos sillas a la orilla del mar
- 35 Gabriela Mistral
La lluvia lenta

- 37 César Vallejo
Verano
- 39 Arturo Carrera
Visible, invisible
- 41 Marosa di Giorgio
Este melón es una rosa
- 42 Cintio Vitier
De mi provincia
- 44 Cristina Peri Rossi
Extrañan
- 45 José Manuel Arango
Ciudad
- 48 Jorge Luis Borges
Barrio recuperado
- 49 María Negroni
La Boca del Infierno (fragmento)
- 50 José Lezama Lima
La mujer y la casa
- 52 Olga Orozco
Mujer en su ventana
- 54 Tamara Kamenszain
Soy la okupa de mi propia casa
- 55 Blanca Varela
Una ventana

- 56 **Alejandra Pizarnik**
Cuarto solo
- 57 **Raúl Gómez Jattin**
Dios terrible
- 59 Desde esta luz**
- 61 **José Gorostiza**
Muerte sin fin (fragmento)
- 63 **Coral Bracho**
Desde esta luz
- 65 **Gilberto Owen**
Sinbad el varado
(Bitácora de febrero)
- 67 **Salvador Novo**
La ciudad
- 68 **Gloria Gervitz**
Fragmento de ventana (fragmento)
- 71 **Raúl Navarrete**
Sexto
- 72 **Carlos Pellicer**
Esquema para una oda tropical
- 77 **Xavier Villaurrutia**
Nocturno mar
- 80 **Elsa Cross**
Quitapenas

- 81 **Alí Chumacero**
A una flor inmersa
- 83 **Elsa Cross**
Hiedra
- 85 **Cristina Rivera Garza**
Érase una vez
- 86 **Marco Antonio Montes de Oca**
Ruina de la infame Babilonia (fragmentos)
- 90 **Octavio Paz**
La calle
- 91 **María Baranda**
Arcadia (fragmento)
- 93 **Margarita Michelena**
A las puertas de Sión
- 95 **José Carlos Becerra**
Como recordando a Dickens
- 97 **María Rivera**
He vuelto
- 99 **Raúl Bañuelos**
Tu casa
- 101 **Malva Flores**
Casa nómada (fragmentos)
- 103 **Silvia Eugenia Castellero**
Código rojo

- 105 José Emilio Pacheco
Alta traición
- 106 Carmen Villoro
Seven Eleven
- 109 Patricia Medina
Regreso a casa
- 113 Autores**

A Luz Olivares

El poema: un entorno cercano

LUIS ARMENTA Y GUSTAVO IÑIGUEZ

El poema es un espacio que se puede habitar desde la imaginación. Sus formulaciones léxicas nos van mostrando rutas por las que accedemos y, de cuerpo entero, entramos en dicha atmósfera para reconocer sus elementos en la cercanía. Así los textos que forman parte de una realidad exterior nos permiten, en un ejercicio imaginativo, orientarnos y recorrerlos interiormente. Leer se puede entender como un modo de tránsito. El lector se deja llevar por los espacios que el autor le propone a la manera de un guía que le conduce hacia ese entorno y, al nombrarlo, va haciendo posible que alguien pueda atravesarlo. El lector es, finalmente, el habitante del poema.

Cuando Heidegger afirma que «el ser humano recorre los más largos trechos en el más breve tiempo [y] deja atrás las más largas distancias y [que] de este modo, pone ante sí, a una distancia mínima, la totalidad de las cosas», refiere los estímulos espaciales de un tiempo en el que estar y percibir se conjugan (o confunden), de tal modo que la experiencia puede nutrirse lo mismo de un paisaje acercado por el cine o un paisaje en el que uno ha estado de cuerpo entero. La experiencia termina por conformarse en la imaginación y, ahí, un paisaje que nos ofrece el cine, o uno en el que

nos hemos situado, son reconocidos como un mismo territorio en la memoria.

La selección de poemas que preparamos para ustedes intenta presentar un territorio que se construye con la suma de apreciaciones y repercusiones de distintos poetas en torno a su afuera. El criterio de selección inició por delimitar el espacio de la lengua y después el geográfico: en el espacio de *El cielo continúa pasando*, hay poemas de autores latinoamericanos que perfilan, de modos distintos, los entornos que los han impresionado. Proponemos una ruta que va desde la concepción del individuo (el ser interior, su espacio interno) hacia distintos afueras que podrían interpretarse, tal cual ocurre en el poema de Parra, como la ruta ontológica del individuo. Los aspectos naturales de esa intemperie se van delimitando para construir la casa y los aspectos domésticos en los que ha desembocado la historia del hombre en su función de habitante:

*Después traté de cambiarme a otra roca,
allí también grabé figuras,
grabé un río, búfalos,
grabé una serpiente,
yo soy el Individuo.*

Esta ruta latinoamericana del ser y su regreso a sí mismo, a su dios interior, continúa en el espacio *Desde esta*

luz, donde se propone un tránsito por la tradición mexicana que va de Los Contemporáneos a los contemporáneos: esto es, del grupo que marca un derrotero de actualidad en México en el siglo xx hasta lo que se está imaginando, construyendo, delimitando, en este siglo xxi. Una lectura de otros espacios que se diferencia de los anteriores por los aspectos específicos de nuestra tradición, ya que presentan un recorrido por los claroscuros que se pueden apreciar desde el principio: la conjunción del fragmento de «Muerte sin fin» de José Gorostiza y el poema de Coral Bracho que da nombre a la sección; recorrido que se va enriqueciendo con exuberancias y sobriedades lingüísticas que parten de la abstracción del entorno, las reflexiones filosóficas de algunos poetas del grupo de Los Contemporáneos (Gorostiza, Owen, Cuesta, Novo, Villaurrutia, Pellicer, entre otros) hasta el señalamiento más concretos del poema «Seven Eleven» de Carmen Villoro, contemporánea nuestra y afín al entorno geográfico de Guadalajara, nuestra casa, junto a un puñado de algunos autores representativos que cierran esta antología con un matiz íntimo y urbano de los sitios que les pertenecen como poetas y que nos ofrecen como estancia compartida para que los hagamos nuestros: ya sea en visita fugaz o permanente, cielos rasos o azules. Una casa, un hogar: nuestros poemas, el entorno más alto que tenemos ahora.

El cielo continúa pasando

Poemas de autores
latinoamericanos

Nicanor Parra

Soliloquio del individuo

Yo soy el Individuo.

Primero viví en una roca
(allí grabé algunas figuras).

Luego busqué un lugar más apropiado.

Yo soy el Individuo.

Primero tuve que procurarme alimentos,

Buscar peces, pájaros, buscar leña,

(ya me preocuparía de los demás asuntos).

Hacer una fogata,

leña, leña, dónde encontrar un poco de leña,

algo de leña para hacer una fogata,

yo soy el Individuo.

Al mismo tiempo me pregunté,

fui a un abismo lleno de aire;

me respondió una voz:

yo soy el Individuo.

Después traté de cambiarme a otra roca,

allí también grabé figuras,

grabé un río, búfalos,

grabé una serpiente,

yo soy el Individuo.

Pero no. Me aburrí de las cosas que hacía,

el fuego me molestaba,
quería ver más,
yo soy el Individuo.
Bajé a un valle regado por un río,
allí encontré lo que necesitaba,
encontré un pueblo salvaje,
una tribu,
yo soy el Individuo.
Vi que allí se hacían algunas cosas,
figuras grababan en las rocas,
hacían fuego, ¡también hacían fuego!
Yo soy el Individuo.
Me preguntaron que de dónde venía.
Contesté que sí, que no tenía planes determinados,
contesté que no, que de ahí en adelante.
Bien.
Tomé entonces un trozo de piedra que encontré en un
[río
y empecé a trabajar con ella,
empecé a pulirla,
de ella hice una parte de mi propia vida.
Pero esto es demasiado largo.
Corté unos árboles para navegar,
buscaba peces,
buscaba diferentes cosas,
(yo soy el Individuo).
Hasta que me empecé a aburrir nuevamente.
Las tempestades aburren,

Los truenos, los relámpagos,
yo soy el Individuo.
Bien. Me puse a pensar un poco,
preguntas estúpidas se me venían a la cabeza.
Falsos problemas.
Entonces empecé a vagar por unos bosques.
Llegué a un árbol y a otro árbol,
llegué a una fuente,
a una fosa en que se veían algunas ratas:
aquí vengo yo, dije entonces,
¿habéis visto por aquí una tribu,
un pueblo salvaje que hace fuego?
De este modo me desplazé hacia el oeste
Acompañado por otros seres,
o más bien solo.
Para ver hay que creer, me decían,
yo soy el Individuo.
Formas veía en la obscuridad,
nubes tal vez,
tal vez veía nubes, veía relámpagos,
a todo esto habían pasado ya varios días,
yo me sentía morir;
inventé unas máquinas,
construí relojes,
armas, vehículos,
yo soy el Individuo.
Apenas tenía tiempo para enterrar a mis muertos,
apenas tenía tiempo para sembrar,

yo soy el Individuo.
Años más tarde concebí unas cosas,
unas formas,
crucé las fronteras
y permanecí fijo en una especie de nicho,
en una barca que navegó cuarenta días,
cuarenta noches,
yo soy el Individuo.
Luego vinieron unas sequías,
vinieron unas guerras,
tipos de color entraron al valle,
pero yo debía seguir adelante,
debía producir.
produje ciencia, verdades inmutables,
produje tanagras,
di a luz libros de miles de páginas,
se me hinchó la cara,
construí un fonógrafo,
la máquina de coser,
empezaron a aparecer los primeros automóviles,
yo soy el Individuo.
Alguien segregaba planetas,
¡árboles segregaba!
Pero yo segregaba herramientas,
muebles, útiles de escritorio,
yo soy el Individuo.
Se construyeron también ciudades,
rutas,

instituciones religiosas pasaron de moda,
buscaban dicha, buscaban felicidad,
yo soy el Individuo.

Después me dediqué mejor a viajar,
a practicar, a practicar idiomas,
idiomas,
yo soy el Individuo.

Miré por una cerradura,
sí, miré, qué digo, miré,
para salir de la duda miré,
detrás de unas cortinas,
yo soy el Individuo.

Bien.

Mejor es tal vez que vuelva a ese valle,
a esa roca que me sirvió de hogar,
y empiece a grabar de nuevo,
de atrás para adelante grabar
el mundo al revés.

Pero no: la vida no tiene sentido.

Eugenio Montejo

El canto del gallo

El canto está fuera del gallo;
está cayendo gota a gota entre su cuerpo,
ahora que duerme en el árbol.
Bajo la noche cae, no cesa de caer
desde la sombra entre sus venas y sus alas.
El canto está llenando, incontenible,
al gallo como un cántaro;
llena sus plumas, su cresta, sus espuelas,
hasta que lo desborda y suena inmenso el grito
que a lo largo del mundo sin tregua se derrama.
Después el aleteo retorna a su reposo
y el silencio se vuelve compacto.
El canto de nuevo queda fuera
esparcido a la sombra del aire.
Dentro del gallo sólo hay vísceras y sueño
y una gota que cae en la noche profunda,
silenciosamente, al tic-tac de los astros.

Raúl Zurita

A las inmaculadas llanuras

I

i. Dejemos pasar el infinito del Desierto de Atacama

ii. Dejemos pasar la esterilidad de estos desiertos

Para que desde las piernas abiertas de mi madre se levante una Plegaria que se cruce con el infinito del Desierto de Atacama y mi madre no sea entonces sino un punto de encuentro en el camino

iii. Yo mismo seré entonces una Plegaria encontrada en el camino

iv. Yo mismo seré las piernas abiertas de mi madre

Para que cuando vean alzarse ante sus ojos los desolados paisajes del Desierto de Atacama mi madre se concentre en gotas de agua y sea la primera lluvia en el desierto

v. Entonces veremos aparecer el Infinito del Desierto

vi. Dado vuelta desde sí mismo hasta dar con las pier-
[nas
de mi madre.

vii. Entonces sobre el vacío del mundo se abrirá
completamente el verdor infinito del Desierto de
Atacama

María Auxiliadora Álvarez

El cielo de más arriba

lo más puntual de los árboles es su propósito de desorde-
[nar el cielo de abajo para hacerlo parecer
huidizo y descuidado

el llanto de la cabra camino al matadero es un alto relieve
[sin nicho en el vacío:
como la piedra puntiaguda de una enfermedad en la fami-
[lia o de un hijo que desgarr a una mujer joven (o no tan
joven) Para nacer
sin poder Para volver de África

el cielo de más arriba sin embargo brilla como ninguno:
[vuelan las ovejas del hambre en el azul del cadmio
de la estera Como viejos relámpagos arrastrando en peso
[La bóveda del firmamento.

Antonio Cisneros

Entonces en las aguas de Conchán

Entonces en las aguas de Conchán ancló una gran ba-

[llena.

Era azul cuando el cielo azulaba y negra con la niebla.

Y era azul.

Hay quien la vio venida desde el Norte (donde dicen

[que hay muchas).

Hay quien la vio venida desde el Sur (donde hiela y ha-

[bitan los leones).

Otros dicen que solita brotó como los hongos o las ho-

[jas de ruda.

Quienes esto repiten son las gentes de Villa El Salvador,

pobres entre los pobres.

Creciendo todos tras las blancas colinas y en la arena:

Gentes como arenales en arenal.

(Sólo saben el mar cuando está bravo y se huele en el

[viento).

El viento que revuelve el lomo azul de la ballena

[muerta.

Islote de aluminio bajo el sol.

La que vino del Norte y del Sur

y solita brotó de las corrientes.

La gran ballena muerta.

Las autoridades temen por las aguas:
la peste azul entre las playas de Conchán.

La gran ballena muerta.

(Las autoridades protegen la salud del veraneante).

Muy pronto la ballena ha de pudrirse como un higo
[maduro en el verano.

La peste es, por decir,

40 reses pudriéndose en el mar

(ó 200 ovejas ó 1000 perros).

Las autoridades no saben cómo huir de tanta carne
[muerta.

Los veraneantes se guardan de la peste que empieza en

[las malaguas de la arena mojada.

En los arenales de Villa El Salvador las gentes no repo-
[san.

Sabido es por los pobres de los pobres

que atrás de las colinas flota una isla de carne aún sin
[dueño.

Y llegado el crepúsculo

no del océano sino del arenal

se afilan los mejores cuchillos de cocina y el hacha del
[maestro carnicero.

Así fueron armados los pocos nadadores de Villa El
[Salvador.

Y a medianoche luchaban con los pozos donde espu-
[man las olas.

La gran ballena flotaba hermosa aún entre los tumbos
[helados.

Hermosa todavía.

Sea su carne destinada a 10,000 bocas.

Sea techo su piel de 100 moradas.

Sea su aceite luz para las noches

y todas las frituras del verano.

Idea Vilariño

El mar

Tan arduamente el mar,
tan arduamente,
el lento mar inmenso,
tan largamente en sí, cansadamente,
el hondo mar eterno.

Lento mar, hondo mar,
profundo mar inmenso...

Tan lenta y honda y largamente y tanto
insistente y cansado ser cayendo
como un llanto, sin fin,
pesadamente,
tenazmente muriendo...

Va creciendo sereno desde el fondo,
sabiamente creciendo,
lentamente, hondamente, largamente,
pausadamente,
mar,
arduo, cansado mar,
Padre de mi silencio.

Gonzalo Rojas

Dos sillas a la orilla del mar

La abrume a la silla la libertad con que la mira
la otra en la playa, tan adentro
como escrutándola y
violándola en lo abierto
de la arena sucia al amanecer, rotas las copas
de ayer domingo, la abrume
a la otra
la una.

Palo y lona son de cuanto fueron
anoche en el festín, palo y lona
las dos despeinadas que a lo mejor bailaron blancas
y bellísimas hasta que la otra
comió en la una y la una
en la otra por liviandad y vino Zeus
y las desencarnó como a dos burras
sin alcurnia y ahí mismo
las filmó hasta el fin del Mundo, tiesas, flacas,
ociosas.

Gabriela Mistral

La lluvia lenta

Esta agua medrosa y triste,
como un niño que padece,
antes de tocar la tierra
desfallece.

Quieto el árbol, quieto el viento,
¡y en el silencio estupendo,
este fino llanto amargo
cayendo!

El cielo es como un inmenso
corazón que se abre, amargo.
No llueve: es un sangrar lento
y largo.

Dentro del hogar, los hombres
no sienten esta amargura,
este envío de agua triste
de la altura.

Este largo y fatigante
descender de aguas vencidas,
hacia la Tierra yacente
y transida.

Llueve... y como un chacal trágico
la noche acecha en la sierra.
¿Qué va a surgir, en la sombra,
de la Tierra?

¿Dormiréis, mientras afuera
cae, sufriendo, esta agua inerte,
esta agua letal, hermana
de la Muerte?

César Vallejo

Verano

Verano, ya me voy. Y me dan pena
las manitas sumisas de tus tardes.
Llegas devotamente; llegas viejo;
y ya no encontrarás en mi alma a nadie.

Verano! Y pasarás por mis balcones
con gran rosario de amatistas y oros,
como un obispo triste que llegara
de lejos a buscar y bendecir
los rotos aros de unos muertos novios.

Verano, ya me voy. Allá, en setiembre
tengo una rosa que te encargo mucho;
la regarás de agua bendita todos
los días de pecado y de sepulcro.

Si a fuerza de llorar el mausoleo,
con luz de fe su mármol aletea,
levanta en alto tu responso, y pide
a Dios que siga para siempre muerta.
Todo ha de ser ya tarde;
y tú no encontrarás en mi alma a nadie.

Ya no llores, Verano! En aquel surco
muere una rosa que renace mucho...

Arturo Carrera

Visible, invisible

Que este brío dure,
que los pájaros imiten el grito de los terneros
al anochecer. La gata agazapada
bajo el vaho de las buenas noches.

Y mezclas, matices,
pero como se mezclan dos nubes
y como entra en el incienso el hipo del incienso
haciéndonos sentir su barrido,
su despejo de falsas sensaciones.

Y como entra la noche en el atardecer
bajo la soledad sonora de los grillos
—la música callada de las luciérnagas mezquinas.

y que se unan otra vez esas rachas de sonido
a la única voz en que juntos vacilamos.
Sonidos que ignoraban ser iguales, apenas iguales:
secretos ejercicios de alegría

visible como el espiado,
como un habla de visible en lo invisible,
la laguna.

Marosa di Giorgio

Este melón es una rosa

Este melón es una rosa,
este perfuma como una rosa,
adentro debe tener un ángel
con el corazón y la cintura siempre en llamas.
Este es un santo,
vuelve de oro y de perfume
todo lo que toca;
posee todas las virtudes, ningún defecto,
yo le rezo,
después lo voy a festejar en un poema.
Ahora, sólo digo lo que él es:
un relámpago,
un perfume,
el hijo varón de las rosas.

Cintio Vitier

De mi provincia

Vuelve la tarde
cuando el niño polvoriento se echa al río
y suena su peso en las nubes
como un fresco morado distinto
que abre suavemente los ojos de la mujerzuela
sentada huesuda y eterna en el parque.

Dónde estará mi sombrero, pregunta
con el único zapato interrogante que tiene,
y se pone a crear de otro modo su verde sombrero,
mientras el niño patalea dulce
perdido en un extraño, en un sordo silencio
que no puede penetrar ni la música del último crimen.

Sonando hacia el mar el domingo
desprende su pasión cristalina
en aciagos danzones de angustiosa patria,
y la imagen del mundo como el nombre
guardado en la oscura garganta de un ciego
empieza a buscar su tamaño, su olor, sus colores.

Yo dije que vuelve el deseo,
pero la tarde es inmóvil como todo transeúnte
o melancólico bufón de sí mismo,
y al expresar un banco, un laurel o una tela soñada
que hasta entonces no tuvo concreto frenesí,
es idéntica y sigue brotando, esencial, de mi provincia.

Cristina Peri Rossi

Extrañan

XXXIV

Extrañan
el ritmo de las ciudades
el cielo opaco lleno de humo
el canto de los pájaros
extrañan el paso de las horas
el calor y el frío
a veces dicen una palabra por otra
y se asustan
cuando descubren que olvidaron
el nombre de una calle.
Se exilian de todas las ciudades
de todos los países
y aman las imágenes de los barcos.

José Manuel Arango

Ciudad

Y salí al balcón, melancólicamente,
para cambiar de pensamientos, mirando al menos
un poco de la ciudad que amo...

C. KAVAFIS

1

Como si se desprendiera de las montañas,
de sus flancos que a esta hora
son de un violeta muy terso,

la sombra comienza a descender sobre la ciudad,
rueda por los tejados, cae
en las calles.

Es como un derrumbamiento.
Las montañas rodean,
hoscas,
erizadas de puntas.

Así llevamos en el corazón el peso de estos montes.

Que ahora caen sobre
la ciudad,
hechos de tiniebla, deshechos
en tiniebla.

2

Ésta es una ciudad amurallada
entre montañas. Uno mira en torno,
alzando la cabeza, y ve sólo
la línea azul de los montes, lejos,
sus picos.

Es el borde de una copa
quebrada.

Y en el fondo de la copa está la ciudad,
ensimismada, dura.

3

Hablo de la ciudad que amo,
de la ciudad que aborrezco.

Mientras anochece sobre los búcaros,
en las laderas,
en la boca del perro, en sus dientes.

Mientras anochece en el hueso
seco del corazón.

Jorge Luis Borges

Barrio recuperado

Nadie vio la hermosura de las calles
hasta que pavoroso en clamor
se derrumbó el cielo verdoso
en abatimiento de agua y de sombra.
El temporal fue unánime
y aborrecible a las miradas fue el mundo,
pero cuando un arco bendijo
con los colores del perdón la tarde,
y un olor a tierra mojada
alentó los jardines,
nos echamos a caminar por las calles
como por una recuperada heredad,
y en los cristales hubo generosidades de sol
y en las hojas lucientes
dijo su trémula inmortalidad el estío.

María Negroni

La Boca del Infierno (fragmento)

El espectáculo de la plaza donde conviven las modas, la vulgaridad, la chatura, el menester presunto de los guerreros y los hijos de puta, y hasta un silencio que se adivina tenso cuando la ciudad se refleja, acorralada en el agua. Aparte de eso, todavía es la mañana. Todavía es el canto de los colibríes atravesando el cielo, esculpiendo con raros sensualismos la flor del mundo. Poema: triste hermosura inexperta, sabiduría que te tardas.

José Lezama Lima

La mujer y la casa

Hervías la leche
y seguías las aromosas costumbres del café.
Recorrías la casa
con una medida sin desperdicios.
Cada minucia un sacramento,
como una ofrenda al peso de la noche.
Todas tus horas están justificadas
al pasar del comedor a la sala,
donde están los retratos
que gustan de tus comentarios.
Fijas la ley de todos los días
y el ave dominical se entreabre
con los colores del fuego
y las espumas del puchero.
Cuando se rompe un vaso,
es tu risa la que tintinea.
El centro de la casa
vuela como el punto en la línea.
En tus pesadillas
llueve interminablemente
sobre la colección de matas
enanas y el flamboyán subterráneo.

Si te atolondraras,
el firmamento roto
en lanzas de mármol,
se echaría sobre nosotros.

Olga Orozco

Mujer en su ventana

Ella está sumergida en su ventana
contemplando las brasas del anochecer, posible todavía.
Todo fue consumado en su destino, definitivamente inal-
[terable desde ahora
como el mar en un cuadro,
y sin embargo el cielo continúa pasando con sus angelica-
[les procesiones.
Ningún pato salvaje interrumpió su vuelo hacia el oeste;
allá lejos seguirán floreciendo los ciruelos, blancos, como
[si nada,
y alguien en cualquier parte levantará su casa
sobre el polvo y el humo de otra casa.
Inhóspito este mundo.
Áspero este lugar de nunca más.
Por una fisura del corazón sale un pájaro negro y es la
[noche
—¿o acaso será un dios que cae agonizando sobre el
[mundo?—,
pero nadie lo ha visto, nadie sabe,
ni el que se va creyendo que de los lazos rotos nacen pre-
[ciosas alas,
los instantáneos nudos del azar, la inmortal aventura,

aunque cada pisada clausure con un sello todos los paraí-
[sos prometidos.

Ella oyó en cada paso la condena.

Y ahora ya no es más que una remota, inmóvil mujer en
[su ventana,

la simple arquitectura de la sombra asilada en su piel,
como si alguna vez una frontera, un muro, un silencio, un
[adiós,

hubieran sido el verdadero límite,
el abismo final entre una mujer y un hombre.

Tamara Kamenszain

Soy la okupa de mi propia casa

Soy la okupa de mi propia casa
desde que la propiedad se fue de mí
ya no tengo escritura y como en los sueños
la puerta de entrada me espera afuera
para que todo empiece de nuevo
atravieso de canto esa hospitalidad
atrás de los cuadros debajo de los muebles
se aquerencia un techo nuevo
donde hubo hogar quedan fotogramas
vos tu él el hombre con cama doble
mudado por el cuarto a la deriva paso a paso
los libros del living lo siguen arrastrados
en un maletín que se desfonda y es en el baño
donde la mochila ruge por última vez.
Hablo de un inodoro que nos traga lejos
hasta otras casas.

Blanca Varela

Una ventana

Vuelvo a contar mis dedos.
(La flor helada, la desconocida cabeza que
me acecha se descuelga y da voces.)
Yo miro las paredes y sus frutos redondos y veloces,
hago cálculos, sumo piedras, cenizas, nubes
y árboles que persiguen a los hombres
y perlas arrancadas de malignos estanques
o de negros pulmones sepultados
y horriblemente vivos.

La araña que desciende a paso humano me conoce,
dueña es de un rincón de mi rostro,
allá anida, allí canta hinchada y dulce
entre su seda verde y sus racimos.
Afuera, región donde la noche crece,
yo le temo,
donde la noche crece y cae en gruesas gotas,
en mortales relámpagos.
Afuera, el pesado aliento del buey,
la vieja fiebre de alas rojas,
la noche que cae
como un resorte oscuro sobre un pecho.

Alejandra Pizarnik

Cuarto solo

Si te atreves a sorprender
la verdad de esta vieja pared;
y sus fisuras, desgarraduras,
formando rostros, esfinges,
manos, clepsidras,
seguramente vendrá
una presencia para tu sed,
probablemente partirá
esta ausencia que te bebe.

Raúl Gómez Jattin

Dios terrible

El encierro es brutal
sin embargo aquí
me acoge la comodidad
de un pan y un lecho
No tengo nada
de que quejarme
y aunque hubiera
tampoco lo haría
¿Si no me quejo de tener
un Dios terrible en las entrañas
por qué me dolería
de mi encierro?

Desde esta luz

**Poemas de autores
mexicanos**

José Gorostiza

Muerte sin fin (fragmento)

Lleno de mí, sitiado en mi epidermis
por un dios inasible que me ahoga,
mentido acaso
por su radiante atmósfera de luces
que oculta mi conciencia derramada,
mis alas rotas en esquirlas de aire,
mi torpe andar a tientas por el lodo;
lleno de mí —ahíto— me descubro
en la imagen atónita del agua,
que tan sólo es un tumbo inmarcesible,
un desplome de ángeles caídos
a la delicia intacta de su peso,
que nada tiene
sino la cara en blanco
hundida a medias ya, como una risa agónica,
en las tenues holandas de la nube
y en los funestos cánticos del mar
—más resabio de sal o albor de cúmulo
que sola prisa de acosada espuma.
No obstante —oh paradoja— constreñida
por el rigor del vaso que la aclara,
el agua toma forma.

En él se asienta, ahonda y edifica,
cumple una edad amarga de silencios
y un reposo gentil de muerte niña,
sonriente, que desflora
un más allá de pájaros
en desbandada.

En la red de cristal que la estrangula,
allí, como en el agua de un espejo,
se reconoce;
atada allí, gota con gota,
marchito el tropo de espuma en la garganta
¡qué desnudez de agua tan intensa,
qué agua tan agua,
está en su orbe tornasol soñando,
cantando ya una sed de hielo justo!
¡Mas qué vaso —también— más providente
éste que así se hinche
como una estrella en grano,
que así, en heroica promisión, se enciende
como un seno habitado por la dicha,
y rinde así, puntual,
una rotunda flor
de transparencia al agua,
un ojo proyectil que cobra alturas
y una ventana a gritos luminosos
sobre esa libertad enardecida
que se agobia de cándidas prisiones!

Coral Bracho

Desde esta luz

Desde esta luz que incide, con delicada
flama,
la eternidad. Desde este jardín atento,
desde esta sombra.
Abre su umbral el tiempo,
y en él se imantan
los objetos.
Se ahondan en él,
y él los sostiene y los ofrece así:
claros, rotundos,
generosos. Frescos llenos de su alegre volumen,
de su esplendor festivo,
de su hondura estelar.
Sólidos y distintos
alían su espacio
y su momento, su huerto exacto
para ser sentidos. Como piedras precisas
en un jardín. Como lapsos trazados
sobre un templo.

Una puerta, una silla,
el mar.
La blancura profunda
desfasada
del muro. Las líneas breves
que lo centran.
Deja el tamarindo un fulgor
entre la noche espesa.
Suelta el cántaro el ruido
solar del agua.
Y la firme tibieza de sus manos; deja la noche densa,
la noche vasta y desbordada sobre el hondo caudal,
su entrañable
tibieza.

Gilberto Owen

Sindbad el varado (Bitácora de febrero)

Encontrarás tierra distinta de tu tierra, pero
tu alma es una sola y no encontrarás otra.

SINDBAD EL MARINO

Because I do not hope to turn again
Because I do not hope
Because I do not hope to turn.

T. S. ELIOT

Día primero,
El naufragio

Esta mañana te sorprendo con el rostro tan desnudo
[que temblamos;
sin más que un aire de haber sido y sólo estar, ahora,
un aire que te cuelga de los ojos y los dientes,
correveidile colibrí, estático
dentro del halo de su movimiento.
Y no hablas. No hables,
que no tienes ya voz de adivinanza
y acaso te he perdido con saberte,

y acaso estás aquí, de pronto inmóvil,
tierra que me acogió de noche náufrago
y que al alba descubro isla desierta y árida;
y me voy por tu orilla, pensativo, y no encuentro
el litoral ni el nombre que te deseaba en la tormenta.

Esta mañana me consume en su rescoldo la conciencia
[mis llagas;
sin ella no creería en la escalera inaccesible de la noche
ni en su hermoso guardián insobornable:
aquí me hirió su mano, aquí su sueño,
en Emel su sonrisa, en luz su poesía,
su desamor me agobia en tu mirada.

Y luché contra el mar toda la noche,
desde Homero hasta Joseph Conrad,
para llegar a tu rostro desierto
y en su arena leer que nada espere,
que no espere misterio, que no espere.

Con la mañana derogaron las estrellas sus señales y sus
[leyes
y es inútil que el cartógrafo dibuje ríos secos en la pal-
[ma de la mano.

Salvador Novo

La ciudad

Por esta puerta grande hemos llegado,
yo les temía a esos hombres rápidos de la estación,
todos ellos se ofrecen para algo
y los automóviles...

Yo me perdería aquí, solo,
en tanta calle lisa y larga;
ninguna persona sabe quién soy,
las luces son más fuertes,
las ventanas más altas y cerradas...

Gloria Gervitz

Fragmento de ventana (fragmento)

En la vertiente de las ausencias al noreste, en el estupor
desembocan las palabras, la saliva, los insomnios
y más hacia el este
me masturbo pensando en ti
Los chillidos de las gaviotas. El amanecer
la espuma en el azoro del ala
El color y el tiempo de las buganvillas son para ti
el polen quedó en mis dedos
Apriétame. Madura la lluvia
tu olor de violetas acidas y fiebradas por el polvo
las palabras que no son más que una oración larga
una forma de locura después de la locura
Las jaulas donde se encierran los perfumes, las alegrías
[interminables
la voluptuosidad de nacer una vez y otra, éxtasis inmóvil
Muévete más. Más
Eres más aterradora que la noche
Me dueles
Fotografías casi despintadas por la fermentación del si-
[lencio
Corredores abiertos
Tu respiración aplasta el verano

Y la fiebre enrojeció otros cielos
Las terrazas lustradas se oscurecieron con las acacias
Y en la cocina los platos recién lavados
las frutas secas, los almíbares
En la crecida de los ríos
En la noche de los sauces
En los lavaderos del sueño desde donde se desprende ese
[vaho
de entrañas femeninas inconfundible y anchuroso
te dejo mi muerte íntegra, intacta
Toda mi muerte para ti
¿A quién se habla antes de morir? ¿Dónde estás?
¿En qué parte de mí puedo inventarte?
Ciudades de hilo, carreteras que llevan siempre al prin-
[cipio
Milagros amontonados en la cal
de la iglesia de Santa Clara en Guanajuato
Flores de tinta en un hebreo luido saliéndose de los rollos
[de la Torah
Nada se mueve
Se me están perdiendo los días, van resbalando despacio
los va apretando la migraña
No me encuentro. Ni siquiera tengo cirios para velar mi
[muerte
ni siquiera sé las palabras del Kadish
Ya no tengo brújula. Estoy abrazada al aire
¿Dónde se rompen los latidos?
¿Con qué se desprende este último pedazo de sueño?

Y la casa amarrada a un árbol, amarrada al viento
Las hojas y su sombra de ópalo
Espiral de ecos
Reverberación
Somos lo que pensamos
Pensamiento atrás del pensamiento
Regresan las grullas
abren con sus alas el silencio
instantáneas flores blancas en un cielo vacío

Raúl Navarrete

Sexto

Mira allá, no te vuelvas que es sólo un animal
de rostro colorido, de múltiple plumaje.

El mundo es lo que ves en él, ahora,
en este mismo instante.

Dance tu oído atento, tu voz, tu vestidura,
que el mar vendrá bajo los barcos,
se apagará la estrella
y estará la escritura en la serpiente
de limitado vuelo.

El mundo es lo que ves si ves la altura
de roca sobre roca,
de acero sobre acero.

Es sólo un animal, danzante.

No te vuelvas, no llames, no preguntes
qué fue lo que se vio.

Carlos Pellicer

Esquema para una oda tropical

A Jorge Cuesta

La oda tropical a cuatro voces
ha de llegar sentada en la mecida
que amarró la guirnalda de la orquídea.

Vendrá del Sur, del Este y del Oeste,
del Norte avión, del Centro que culmina
la pirámide trunca de mi vida.

Yo quiero arder mis pies en los braseros
de la angustia más sola,
para salir desnudo hacia el poema
con las sandalias de aire que otros poros
inocentes le den.

A la cintura tórrida del día
han de correr los jóvenes aceites
de las noches de luna del pantano.

La esbeltez de ese día
será la fuga de la danza en ella,

la voluntad medida en el instante
del reposo estatuario,
el agua de la sed
rota en el cántaro.

Entonces yo podría
tolerar la epidermis
de la vida espiral de la palmera,
valerme de su sombra que los aires mutilan,
ser fiel a su belleza
sin pedestal, erecta en ella misma,
sola, tan sola que todos los árboles
la miran noche y día.
Así mi voz al centro de las cuatro
voces fundamentales
tendría sobre sus hombros
el peso de las aves del paraíso.
La palabra Oceanía
se podría bañar en buches de oro
y en la espuma flotante que se quiebra,
oírse, espuma a espuma, gigantesca.

El deseo del viaje,
siempre deseo sería.
Del fruto verde a los frutos maduros
las distancias maduran en penumbras
que de pronto retoñan en tonos niños.

En la ciudad, entre fuerzas automóviles
los hombres sudorosos beben agua en guanábanas.
En la bolsa de semen de los trópicos
que huele a azul en carnes madrugadas
en el encanto lóbrego del bosque.
La tortuga terrestre
carga encima un gran trozo
que cayó cuando el sol se hacía lenguas.
Y así huele a guanábana
de los helechos a la ceiba.

Un triángulo divino
macera su quietud entre la selva
del Ganges. Las pasiones
crecen hasta pudrirse. Sube entonces
el tiempo de los lotos y la selva
tiene ya en su poder una sonrisa.
De los tigres al boa
hormiguea la voz de la aventura
espiritual. Y el Himalaya
tomó en sus brazos la quietud nacida
junto a las verdes máquinas del trópico.
Las brisas limoneras
ruedan en el remanso de los ríos.
Y la iguana nostálgica de siglos
en los perfiles largos de su tiempo
fue, es, y será.

Una tarde en Chichén yo estaba en medio
del agua subterránea que un instante
se vuelve cielo. En los muros del pozo
un jardín vertical cerraba el vuelo
de mis ojos. Silencio tras silencio
me anudaron la voz y en cada músculo
sentí mi desnudez hecha de espanto.

Una serpiente, apenas,
desató aquel encanto
y pasó por mi sangre una gran sombra
que ya en el horizonte fue un lucero.
¿Las manos del destino
encendieron la hoguera de mi cuerpo?

En los estanques del Brasil diez hojas
junto a otras diez hojas, junto a otras diez hojas,
de un metro de diámetro
florecen en un día, cada año,
una flor sola, blanca al entreabrirse,
que al paso que el gran sol del Amazonas
sube,
se tiñe lentamente de los rosas del rosa
a los rojos que horadan la sangre de la muerte;
y así naufraga cuando el sol acaba
y fecunda pudriéndose la otra primavera.

El trópico entrañable
sostiene en carne viva la belleza
de Dios. La tierra, el agua, el aire, el fuego,
al Sur, al Norte, al Este, y al Oeste
concentran las semillas esenciales
el cielo de sorpresas
la desnudez intacta de las hojas
y el ruido de las vastas soledades.

La oda tropical a cuatro voces
podrá llegar, palabra por palabra,
a beber en mis labios,
a amarrarse en mis brazos,
a golpear en mi pecho,
a sentarse en mis piernas,
a darme la salud hasta matarme
y a esparcirme en sí misma,
a que yo sea, a vuelta de palabras,
palmera y antílope,
ceiba y caimán, helecho y ave-lira,
tarántula y orquídea, zenzontle y anaconda.
Entonces seré un grito, un solo grito claro
que dirija en mi voz las propias voces
y alce de monte a monte
la voz del mar que arrastra las ciudades
¡oh trópico!
Y el grito de la noche que alerta el horizonte.

Xavier Villaurrutia

Nocturno mar

Ni tu silencio duro cristal de dura roca,
ni el frío de la mano que me tiendes,
ni tus palabras secas, sin tiempo ni color,
ni mi nombre, ni siquiera mi nombre
que dictas como cifra desnuda de sentido;

ni la herida profunda, ni la sangre
que mana de sus labios, palpitante,
ni la distancia cada vez más fría
sábana nieve de hospital invierno
tendida entre los dos como la duda;

nada, nada podrá ser más amargo
que el mar que llevo dentro, solo y ciego,
el mar antiguo edipo que me recorre a tientas
desde todos los siglos,
cuando mi sangre aún no era mi sangre,
cuando mi piel crecía en la piel de otro cuerpo,
cuando alguien respiraba por mí que aún no nacía.

El mar que sube mudo hasta mis labios,
el mar que me satura
con el mortal veneno que no mata
pues prolonga la vida y duele más que el dolor.
El mar que hace un trabajo lento y lento
forjando en la caverna de mi pecho
el puño airado de mi corazón.

Mar sin viento ni cielo,
sin olas, desolado,
nocturno mar sin espuma en los labios,
nocturno mar sin cólera, conforme
con lamer las paredes que lo mantienen preso
y esclavo que no rompe sus riberas
y ciego que no busca la luz que le robaron
y amante que no quiere sino su desamor.

Mar que arrastra despojos silenciosos,
olvidos olvidados y deseos,
sílabas de recuerdos y rencores,
ahogados sueños de recién nacidos,
perfiles y perfumes mutilados,
fibras de luz y náufragos cabellos.

Nocturno mar amargo
que circula en estrechos corredores
de corales arterias y raíces
y venas y medusas capilares.

Mar que teje en la sombra su tejido flotante,
con azules agujas ensartadas
con hilos nervios y tensos cordones.

Nocturno mar amargo
que humedece mi lengua con su lenta saliva,
que hace crecer mis uñas con la fuerza
de su marea oscura.

Mi oreja sigue su rumor secreto,
oigo crecer sus rocas y sus plantas
que alargan más y más sus labios dedos.

Lo llevo en mí como un remordimiento,
pecado ajeno y sueño misterioso,
y lo arrullo y lo duermo
y lo escondo y lo cuido y le guardo el secreto.

Elsa Cross

Quitapenas

Hunde el sueño sus raíces
en substratos sin fondo
Cae al pozo
o avanza ensanchándose en un río—
vías no recorridas ya
de pronto resurgen
a la orilla de un mar
sin olas ni cangrejos
sólo montículos de arena
Y aquellas hierbas
cuyo nombre se ha olvidado
—¿cantáceas?—
desaparecen
dejando sólo desnudez
en la playa
en la memoria de los cuerpos

Alí Chumacero

A una flor inmersa

Cae la rosa, cae
atravesando el agua,
lenta por el cristal de sombra
en que su tallo ahoga;
desciende imperceptible,
clara, ingrávida, pura
y las olas la cubren, la desnudan,
la vuelven a su aroma,
hácenla navegante por la savia
que de la tierra nace
y asciende temblorosa,
desborda la ternura de su tacto
en verde prisionero,
y al fin revienta en flor
como el esclavo que de noche sueña
en una luz que rompa
los orígenes de su sueño,
como el desnudo ciervo, cuando la fuente brota
que moja con su vaho la corriente
destrozando su imagen.

Cae más aún, cae
más allá de su savia,
sobre la losa del sepulcro,
en la mirada de un canario herido
que atreve el último aletazo
para internarse mudo entre las sombras.
Cae sobre mi mano
inclinándose más y más al tacto,
cede a su suavidad de sábana mortuoria
y como un pálido recuerdo
o ángel desalado
pierde una estela de su aroma,
deja una huella: pie que no se posa
y yeso que se apaga en el silencio.

Elsa Cross

Hiedra

La tarde se absorbe en tu silencio.

Bandadas de mariposas,
olas que se atropellan:
¿a qué puedo comparar
esto que aflora al corazón?

El verano lo sepulta todo bajo su aura verde.
Y en la frescura de esta hiedra,
en la pureza de ese olor del agua
sobre la tierra,
allí te encuentro.

Mis manos no te tocan,
pero te veo en mi pecho.
Como lumbre resplandeces.
Como hiedra te extiendes,
te enredas
en cepas invisibles,
te alzas como un zarcillo por los aires.
Tu savia asciende,
lo cubre todo,
circula por mis venas,

va por vasos pequeñísimos
de raíces a tallos,
de hojas que se desdoblán
a corolas
resplandecientes.

Jardines,
humedad,
familias de caracoles discurren por el cristal
cuando todo se llena
de hiedra verde.

Cristina Rivera Garza

Érase una vez

Viernes, marzo 12, 2010 8:07 a. m.

Érase una vez. Había un bosque. Los caminos de tierra bajo las plantas de los pies. La soberanía reside en La Intemperie: eso es cierto. Nómada la mano, que se alza hasta la piel. El cielo suele ser un cuerpo o un manto. Las raíces, enormes. Los muslos, que avanzan. Las pantorrillas. ¡Ah, las pantorrillas! No tengo casa o, si tengo casa, la casa no tiene techo. Tomo todos los tordos. Los árboles se mueven de lugar. Vivía, ciertamente, dentro del nombre de algunas matas. Orquídea. Helecho. Lavanda. Había agua. Érase que se era. Respirar es una costumbre inaudita. Te inhalo/ Te exhalo. Las aves negras. Los avemarías. Las sabes. Carezco de religión o de estío. ¿Había, en verdad, un bosque? Había un bosque, eso es definitivo. Alguien parpadeaba bajo las sombras de las ramas carnívoras. Alguien besaba, labiodentalmente. La verdad es que quiero un reino. Alguien caminaba sobre el agua, aproximándose. Lentamente es un adverbio muy largo. Serpenteaban las raíces bajo las plantas de sus pies. Orquídea. Helecho. Lavanda. Los caminos de tierra: el placer de escribir eso: los caminos de tierra. Y luego la lluvia, que cae. Había una vez. O dos. Había un bosque. Desde ahí miraba todo lo que sería.

Marco Antonio Montes de Oca

Ruina de la infame Babilonia (fragmentos)

I

Todo se ahoga de pena
y hasta las mismas escafandras
se amoratan bajo el mar.
El pulso, lo más cierto de un río con vida,
y la sal, estatua que nace demolida,
ya no reverberan.
un tajo súbito hiera esta latitud pasmada,
dispersa con su sombra
piedras de mi esqueleto
jamás soldadas.
¡Qué helado lugar, apenas hay buitres
y un inmenso bagazo rompe en lágrimas!
Aquí beberé agua inmóvil y verdosa,
lluvia que golpea las puertas del museo
donde los héroes se desnudan
tras el emboscado perfume de las momias.

Mi cuerpo ya no dobla espigas,
ni el rescoldo cede al yunque una sola chispa,

ni la parra sombrea el muro al rojo vivo:
está extraño el mundo
y se defiende contra el fuego que lo inventa.
Por eso más vale no acordarme,
no mirar el sitio
donde es repartida y destazada
la yema de mi juventud,
amargo sol caído
en que medran los gusanos.

Necesito más ojos o menos lágrimas,
vigor para colgarme
con ambas manos del párpado,
indómita cortina que al ser corrida,
borra las andanzas de mis pasos,
sepulta el atajo de cabras
y calma el jadeo de los belfos de mi herida,
hoy que muero aterrado, sin conciencia,
de espaldas al futuro que suele abrirse
cuando a los marinos que caminan en altamar
se les desfonda la suela del zapato.

Me duelen todos los jardines de la vida.
Me duele que la vida no me duela
como a esos topos que inflados de cascajo
llevan túneles al pedernal
y atraviesan densas fumarolas,
con todas las estrellas y los ríos

sentados en su espalda.
¡Oh mineros abrumados,
temblosos tamemes del planeta,
contemplad, contemplad conmigo el aire negro,
las piedras que fueron un incendio
y casi una mirada!

Nunca estuvo tan extraño el mundo:
afilan los niños sus uñas en la cuna,
la barda enseña al sol los claros dientes
y la yerba piensa desde su cráneo de rocío
en campanas de barro y badajos de acero,
en armarios que se abren llenos de pústulas,
en esta hora cuya sinceridad traiciona,
pues nadie tiene certeza de lo cierto
cuando el cuerpo es un mero ataúd del corazón,
del corazón mantenido en alto
para descargarlos como piedra repentina
sobre el sueño y sus comarcas
de vidrio soplado.

II

¿En un mundo más estricto
no seríamos fantasmas?
Después de nacer
cada hombre combate por otros nacimientos.

A fuerza de nuevos forcejeos
obtenemos la vida
que no debemos a la carne.

Había mortajas
de las que una violeta escapada siempre:
sólo por crueldad supimos que tenía raíz
y que su muerte aumentaba el peso de las tumbas,
el peso de una voz
surgida por agrietamiento del silencio:
grito de hoja seca bajo la bota del relámpago,
intuición colmada, anegado instante
en que los muertos más profundos son de oro.
Bajo esa luz —¡Oh, Tiresias!—
vimos que el nacimiento de los niños,
hábil y seguro,
filtraba placentas de hojalata;
vimos, en aquel río perpetuo,
cabezas y brazos triturados,
piernas que se llenan de municiones
y se arrastran como enormes pájaros de plomo.

Octavio Paz

La calle

Es una calle larga y silenciosa.
Ando en tinieblas y tropiezo y caigo
y me levanto y piso con pies ciegos
las piedras mudas y las hojas secas
y alguien detrás de mí también las pisa:
si me detengo, se detiene;
si corro, corre. Vuelvo el rostro: nadie.
Todo está oscuro y sin salida,
y doy vueltas y vueltas en esquinas
que dan siempre a la calle
donde nadie me espera ni me sigue,
donde yo sigo a un hombre que tropieza
y se levanta y dice al verme: nadie.

María Baranda

Arcadia (fragmento)

Ciudades que caen de mi boca
como trozos de un mapa inventado.
Sombras que se ocultan tras otras sombras
en lo profano de la piel,
en lo impensable del silencio.
Sentidos descubiertos en la punta de un arpón falso,
de una lanza equivocada,
de una flecha que nunca da en el blanco
y que olvida la ruta,
como el estibador olvida su nuevo frasco de viaje,
la luz que alguna vez vio cómo se hundía
en la sentencia de un mar distinto.
Rostros anudados junto a la paz de una ventana.
Éxodos en un país que rueda de otra manera,
con el código de una distancia disuelta,
una forma impasible en que se ocultan las sombras,
las otras videncias de lo que no se es
y que no se sostiene
ni en la orilla de una canción olvidada.
Figuras que sonrían en la niebla.
Y un fuerte gemido que se escucha invisible junto a
[otro abismo.

Secas planicies.

Casas desaparecidas en una vegetación imposible,
lejos de la lepra y de los desprendimientos del sueño.
Visitaciones de la infancia en ruinas,
en la apostasía que aún tortura la calma de quien viaja.
Vírgenes en la llanura proscrita,
en las finas ligaduras de un misterio
que está en la linterna de un niño
como si fuera un tiempo inmóvil,
un largo trazo de luz incierta.
Hogares que no tienen nombre,
que guardan en el blanco sudor de un pañuelo
la barda de la miseria y el llanto,
la posibilidad de encubrir un beso.
Un beso y su paso de miedo.
Un beso y su andar taciturno en un cuento.
Miel en los pozos,
cielos feroces suspendidos en las dunas del piso.
Formas donde la niebla unge
la nueva atmósfera bajo otras palmas.
resquemores de un trópico desconocido
entre esas peñas irresistibles,
piedras de artificio dedicadas
a hundir las manos más íntimas,
las alas más precoces
cuando levante el viento.

Margarita Michelena

A las puertas de Sión

J'attends une chose inconnue

STÉPHANE MALLARMÉ

Ya sólo soy un poco de nostalgia que canta.
Y a tus puertas estoy como una piedra
gris en el lujo nítido de un prado.

No traje nada aquí ni dejo nada.
Tampoco sombra alguna ha descendido
de mis propias tinieblas y mis brazos.
Ninguna flor tomé sobre la tierra
para no encadenarme a su hermosura
ni por gracia mortal ser poseída.
Ni traigo ni el fantasma de un perfume
a tu jardín de límpidas esferas.
La soledad te traigo que me diste.

Óyeme aquí gemir, tu criatura
del exilio y del llanto.
Óyeme aquí, tu ciega enamorada
que su muerte muriendo sin morirse,

tu estrella ve temblando, suspendida,
desde el hundido túnel de su canto.

¿Cuándo enviarás mi sombra a devorarme?
¿Cuándo podré marchar hacia tus prados,
a tus puertas de oro,
cuándo por tus jardines apartados
iré ya sin mi muerte, ya robada
para el ancla vencida de mi polvo?

No más mi cuerpo ver, como un alcázar
de música ruinoso, ni la noche
circundando mi fiesta de amargura.
No más hablar de ti desde mi boca
que es sólo como muerte detenida,
no hablarte con mi voz, que se levanta
demorado desastre. Abre tus puertas
y ciega con la vista mis dos ojos.
Mátame de belleza, ya alcanzado
el gran callar hacia donde navega
la nave de nostalgia que es mi canto.

Deja que en este punto mi ceniza
se caiga desde mí, que me desnude
y me deje a tu orilla, consumada.
Qué con brazos de amor —no los que tuve—
llegue por fin a la sortija de oro
con que al misterio ciñen tus murallas.

José Carlos Becerra

Como recordando a Dickens

En esta tarde sin más gato que una chimenea,
alguien me envía su reflector para esperar.
Esperar es el ámbito de una chimenea que no es llevada
por la tarde hacia ninguna parte.
Esperar es un gato que no existe, esperar es un ronroneo
donde la realidad no tiene la cuerda necesaria para izarnos.
Pero esperar es también el único viaje conocido que per-
manece en el gato que dejaron las chimeneas al apagarse.

Cosas reunidas alrededor de la última página de ese libro
donde la tarde no volverá a llevarnos consigo.
Y están de más las chimeneas que solamente existen al
paso de ese gato que frota su lomo contra lo desaparecido
para tejerlo mejor
en un ir y venir entrecruzándose hasta lograr este tejido
donde esperar era el gusto de lo consumado.

Tal vez allá en ese sitio se desarma esta tarde,
en el retrato de una mujer que la memoria lame fielmen-
te sin comprobarlo
para inventar la chimenea, la oscura callejuela londinense,
el sórdido mercado;

un fuego que tiene ahora entonación de ceniza donde un reflector para esperar enciende.

Y es ésta la causa por la que los gatos son la continuación de las chimeneas o sucesos imprevistos en la ceniza, en los cuerpos que no envían reflector o memoria que en el lomo de un gato o frente a la chimenea con vertida en retrato de una mujer ausente, acaso se dejaran todavía inventar.

María Rivera

He vuelto

He vuelto. He vuelto a tu puerta: no hay nadie, me
[digo, no
hay nadie tras las puertas cerradas del poema: la voz
[es un muro
donde se incendian como enredaderas lágrimas.

He vuelto como la noche vuelve sobre sus pasos de
[sombra,
con su follaje de gritos; una oquedad silenciosa ace-
[cha mis pasos,
mientras llueve sobre el corazón de tierra que llevo
[entre las manos,
y el agua misma, el agua toda, desborda su triste ca-
[bellera.

He vuelto, como una madre antigua y dolorosa, a bus-
[carte
en los rincones de este cielo, anestesiada y pura.

He vuelto, luz terrible, a tu dominio: a recorrer esta
[herida
como un ciego, mientras la voz se sumerge entre las
[aguas y arde el
pabulo de tu nombre entre mis ojos:

patria de niebla, patria mía,
qué larga fue la noche, qué larga y oscura fue la noche,
qué río más hondo el del olvido.

Raúl Bañuelos

Tu casa

Tu casa es una central de autobuses hasta las cinco de
[la mañana,
tu casa es un café lleno de conversaciones y anécdotas
[solitarias,

es un jardín silencioso con parejas nocturnas,
es el bar que amaneció tirado a la calle la mañana más
[fría,

es un hotel de paso donde duermen ladroncillos y
[prostitutas,

es de piedra, es de madera, es de hojas secas,
es de lo que fue, de lo que pudo haber sido,

casa de locos tu casa, de lunáticos y bailarinas,
se enciende en la mañana para oscurecerse en la noche,

es de cartón, es de aguacero, es de agua y lodo en la
[cocina,
es de lo que amaste, de lo que estás amando, de lo que
[no supiste amar,

tiene las paredes de cal y arena y el piso lo tiene de
[tierra,
en un rincón le caben todas las desgracias y en la ven-
[tana toda la luz de la mañana,

tu casa es la orilla del camino, de la ciudad, de ti mismo,
es el silencio que no tiene nombre,
es las palabras que hablan solas,
es un cuarto de vecindad, un zapato, la calle donde
[vives,

tu casa, la casa nuestra.

Malva Flores

Casa nómada (fragmentos)

La casa es sólo un guiño,
contraseña,

elemental disparo que a dos líneas disloca
y las enlaza.

Es una roca móvil que suscita
mirar en perspectiva
los móviles ladrillos y
aquella parquedad de cosas menores:

la pila de artefactos sustraídos del tiempo.

La casa es sólo un vértice
si se mira de arriba.

Mudable geografía con lastre
en la memoria
o acaso el hoyo negro
donde van a parar todos
los signos vagos y los gestos

que solos permanecen a la espera
de que un día los llamemos.

Paraíso es aquí:
Son tus manos desnudas
Librándome la muerte.

Silvia Eugenia Castellero

Código rojo

Sábado. Periférico Sur. Un semáforo a lo lejos parece iluminarse en rojo y luego incendiarse. El semáforo para ingresar al valle donde comienza la Primavera y el bosque todo se volvería a la ciudad como un jardín. El fuego reverbera —soflama— añicos de cosas que se juntan desvaneciendo su ser y apelmazados se vuelven pasta para los cerdos, o una fuga de sí mismos como magma que quiere fundar otro objeto, excrecencia, tumor, nervio errado de su centro. No el semáforo: un autobús quemándose. Lava perdida en un conducto a la intemperie, adherida a otros huesos, a una cara inexistente, borrada del rostro. El semáforo como una puerta a la ciudad: primero vería los prismas nacidos del agua entre su lanza y los bronce que lleva consigo la Minerva. Desde ese corazón, cualquier rumbo me haría pertenecer a las arboledas, al bullicio de pájaros todavía coloridos. Avanzaría hasta los portales de la Plaza de Armas como barnizados por la luz taciturna del sol poniente que agujonea de tan poderoso. Luego caminaría más allá de la calzada Independencia para encontrar las calles antiguas con sus patios floridos de rosas y azucenas sobre las verjas de hierro forjado. Y el río que

corría por entre ellas, hasta llegar al Barrio de Analco, habitado por indios sobresalientes en los oficios y las artes algún día hace 400 años, fundado frente a la imagen de San Sebastián mártir que había sudado sangre para cobrar fama de milagrosa. Pero ya no encuentro el semáforo. No hay rostros, solo frazadas abrasándose en el impacto de esa flama-fuego-antorcha-fogata-furia-falsedad. Tumultos, gente corriendo, gritos, gestos de terror: la esquina de siempre parece desfigurarse: no está la banca verde, ni el fresno donde espero a diario que sean las diez. Una injuria envolviéndose sola y aparatosamente sobre la ciudad, viajando oscurecida, pero abierta como herida más dolorida que una herida, como zanja viva en medio de un grito que viene de una boca deshecha. *Narcobloqueos* (escucho en la radio): *Código rojo*. Línea divisoria entre lo bruto y lo vivo, ruman esas cosas juntas en la nada, un mundo queriendo ser esférico pero con lanzas saliéndose de entre las fisuras que lo injurian, lo atraviesan como engranes filosos. Periférico y Mariano Otero: el mapa se atrinchera: la lengua se acobarda sin sentido. Y esa esfera bola de fuego imanta cada vez más sonrisas y piernas y brazos, y lo peor —las miradas que poseían los azules y los verdes del horizonte y del prado— se quiebran ahí. Un hoyo negro.

José Emilio Pacheco

Alta traición

No amo mi patria.
Su fulgor abstracto
es inasible.
Pero (aunque suene mal)
daría la vida
por diez lugares suyos,
cierta gente,
puertos, bosques de pinos, fortalezas,
una ciudad deshecha, gris, monstruosa,
varias figuras de su historia,
montañas
—y tres o cuatro ríos.

Carmen Villoro

Seven Eleven

El *Seven Eleven* me da serenidad.
Cuando me aborda la desolación
ese vacío irrepresentable
que se aloja en el cuerpo
como una memoria fina y sin palabras,
camino rumbo al *Seven* a comprar mis cigarros.
Siempre en la misma esquina y siempre abierto
ese establecimiento me hace sentir
que hay algo inamovible,
alguien en quien confiar aunque sea tarde.

De día o de noche guarda la misma luz,
un halo atemporal tan necesario
para alguien como yo, que aún teme a la noche,
y piensa que la vida es algo que se pierde
irremediabilmente.

De pronto ahí está el *Seven*
con sus franjas alegres verdes y naranjas,
el piso de cerámica industrial,
los amplios refrigeradores siempre limpios.

He pensado si este bienestar tendrá algo que ver
con aquella tiendita de la infancia
y creo que no.

No es la nostalgia lo que me lleva ahí,
es el reverso, quizá, de la nostalgia,
el presente absoluto ante esos mostradores
que me recuerdan más a una juguetería.
La niña que descubre la inmensa variedad
de las galletas,
no es la niña de ayer, es una niña actual
ante la oferta de colores, de diseños,
de formas:
envolturas, cajitas, latas, frascos,
los objetos pequeños y aprehensibles
que dan un íntimo sentido a la existencia.

Tomo mi *Coca*, como siempre,
la primera en la fila del refrigerador
y los otros refrescos se deslizan.
Ahí están las maquinillas del café,
los vasos de sólido cartón,
tapas, popotes, sobrecitos.
Sobre otro mostrador, tres salchichas brillantes
dan vuelta sobre la parrilla encendida.

Todo parece funcionar al margen de los hombres.
No importa si alguien tuvo que limpiar,

acomodar productos, conectar aparatos,
no importa ni siquiera si conozco al empleado
que me cobra, si quiero saludarlo.
No voy al *Seven* en busca de compañía o afecto
sino de un orden simple
que pertenece más a los enseres.

Cada quien tiene su *Seven*,
algunos tienen su *Oxxo*.
Es cuestión de colores o de marcas.
Pero los solitarios nos damos cita ahí,
repetimos los mismos movimientos
y sin intercambiar palabras,
entendemos.

Patricia Medina

Regreso a casa

Rueda la luz, y cabe
en la noche completa de mi cuarto.
Aquí todos los mapas se trazan en mi espalda
—roces, itinerarios.

No sé qué gota deletrea el sonido
qué tez en vela labra esta tierra nocturna.

Cedo a la sombra la huella de mi espacio
mi afán de duendes
—mujeres que dan vuelta a los espejos
por el miedo a nacer.

La flor sobreviviente de intensa cirugía
se desborda hacia el sol desde su máscara.

Recuento los incendios con el pincel del alba
—esa hora magnífica en que los búhos
susurran por los muertos
y canto a media voz mi nostalgia de polvo
con la valija a punto de cruzar la puerta.

Salir.

Afuera está la lluvia
el pequeño naufragio de la hoja y la hormiga.
Ninguna fuga puede ocupar la calle
ella va a darme a luz.

Salir.

Hace tiempo que añoro regresar a los mares
y sus vientres de espuma.
Hay un desierto que no he cruzado
pero levanta simuns en mi aliento.

Rueda la luz del foco sobre el manuscrito:

Dejo a Dios ese bulto de mi materia informe
a mis hijos la brújula
los cantos de las aves y los grillos
de mi insomnio lacrado
el reloj descompuesto de mi tacto.
Al mundo la transparente sangre de mis ríos
al hombre mi ojo ciego de huracán.

Con lenta claridad la luna parte la niebla
y en dos polos ajusta su sonrisa.

De estos viajes alguno nunca vuelve
—se va hacia el fondo
más lejos que el azoro dejado en el asfalto.

Rota la dimensión del aire
se derrumba en el sueño
de tiempos que bostezan
en remotos jardines.

Entre los pasajeros voluntarios
mi nombre fue elegido.

Salir.

Cada llanura y cada abismo fue habitado.
Cruzar el puente que es el muro
de un viaje sin retorno.

Estuve aquí:

bajo los eucaliptos y las lámparas.
Cocí mi pan con tres o cuatro briznas de astro.
Abordé los altares y repté en las charcas.

Estuve en las hileras y en las listas
recogí mi inicial de la hojarasca
purificada en vino cavilé la inocencia
marché con la legión de los que escriben
por recobrar el cuerpo.

Salir.

No falta nada.
Rueda la luz.

La compasión pasó de largo.

Voy a apagar mi voz que estalla interminable
mientras regreso a casa.

Autores

Alejandra Pizarnik (Avellaneda, 1936-Buenos Aires, 1972). Fue poeta, escritora y traductora. Su poesía manifiesta apasionamiento, intensidad y rebeldía. Obtuvo el Premio Municipal de Poesía 1965, la Beca Guggenheim en Artes 1969 y la Beca Fulbright 1971. Se quitó la vida ingiriendo 50 pastillas de Seconal.

Alejandra Pizarnik, *Poesía Completa*, España, Lumen, 2009.

Alí Chumacero (Acaponeta, Nayarit, 1918-Ciudad de México, 2010). Fue editor, poeta y ensayista. Trabajó más de 50 años en el Fondo de Cultura Económica, esto lo llevó a ser editor, redactor y corrector de cientos de títulos de esta editorial. Su obra poética es una de las más perfectas de las letras mexicanas. Al cumplir los 90 años de edad, el Gobierno de México le rindió un homenaje en el Palacio de Bellas Artes.

Alí Chumacero, *Poesía reunida*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.

Antonio Cisneros (Lima, Perú, 1942-2012). Ganador de numerosos reconocimientos por su obra, entre ellos el Premio Internacional de Poesía Pablo Neruda. Cisneros ha sido el más reconocido del grupo denominado «generación de los 60» de la poesía peruana. Su poesía, que incluye cierto humor, abre es-

pacios a la reflexión sobre la literatura, la cultura y la sociedad contemporánea. Falleció de cáncer en el pulmón.

Antonio Cisneros, *Por la noche los gatos. Poesía 1961-1986*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Arturo Carrera (Buenos Aires, 1948). Poeta y escritor. Es uno de los referentes latinoamericanos del neobarroco. «Su obra explora las ambigüedades de la palabra, indaga el mundo de las sensaciones, construye una original autobiografía lírica, hasta lograr una estética tan personal que lo ha convertido en un autor ineludible en la poesía hispanoamericana contemporánea».

Arturo Carrera, *Vigilámbulo. Poesía reunida*, Argentina, Adriana Hidalgo Editora, 2013.

Blanca Varela (Lima, Perú, 1926-2009). Es traductora y poeta. Ha sido condecorada con la Medalla de Honor por el Instituto Nacional de Cultura del Perú. En 2001 recibió el Premio Octavio Paz de Poesía y Ensayo; y en el 2007, el Premio Reina Sofía de Poesía.

Blanca Varela, *Canto Villano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

Carlos Pellicer (San Juan Bautista, hoy Villahermosa, Tabasco, 1897-Ciudad de México, 1977). Fue un escritor, poeta, museógrafo, profesor y político mexicano. Su presencia poética, vinculada al grupo Los Contemporáneos, tuvo una gran influencia en generaciones posteriores. Fue profesor de poesía moderna en la Universidad Nacional Autónoma de México y

director del Departamento de Bellas Artes. Su amplia obra obtuvo numerosos reconocimientos.

Carlos Pellicer, *Poesía completa. Volumen I*, México, El Equilibrista, 1996.

Carmen Villoro (Ciudad de México, 1958). Comenzó a escribir a los 17 años y perteneció a varios talleres literarios. Ha obtenido becas y numerosos reconocimientos por la calidad de su poesía. Dirigió durante cinco años la revista mensual *Tragaluz* mientras continuaba su obra poética, en la que aborda con maestría temas fundamentales. En 2018 dirige la Cátedra Fernando del Paso, de la Universidad de Guadalajara.

Carmen Villoro, *Espiga antes del viento*, México, Secretaría de Cultura de Jalisco, 2011.

César Vallejo Mendoza (Santiago de Chuco, 1892-París, 1938). Fue un escritor, educador y poeta considerado el representante mayor del vanguardismo en Perú. Su libro *Trilce*, precursor de las vanguardias, se convirtió en un clásico de la poesía hispanoamericana, al forzar la sintaxis y construir estructuras inesperadas en su obra literaria. Fue parte del congreso de escritores antifascistas de Valencia, 1937.

César Vallejo, *Poesía completa*, Cuba, Editorial Arte y Literatura/Casa de las Américas, 1988.

Cintio Vitier (Cayo Hueso, Florida, Estados Unidos, 1921-La Habana, Cuba, 2009). Fue poeta, narrador, ensayista y crítico cubano. Recibió numerosas distinciones, entre las que desta-

can el Premio Nacional de Literatura en 1988 y el Premio Juan Rulfo en 2002. Entre sus obras más importantes se encuentran *Sedienta cita*, *Capricho y homenaje* y *Un extraño honor*.

Cintio Vitier, *Vísperas*, Cuba, Letras Cubanas, 2007.

Coral Bracho (Ciudad de México, 1951). Es escritora, traductora y académica. Libros suyos han sido traducidos al inglés, francés, portugués y japonés. «Su poesía se enmarca dentro del estilo neobarroco latinoamericano». Obtuvo, entre otros, el Premio Nacional de Poesía de Aguascalientes, el Premio Xavier Villaurrutia y el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines-Gatien Lapointe.

Coral Bracho, *La voluntad del ámbar*, México, Era, 2014.

Cristina Peri Rossi (Montevideo, Uruguay, 1941). Es una escritora, traductora y activista política uruguaya exiliada en España desde 1972. Reside en Barcelona. Su escritura combina lo fantástico, lo erótico y lo político, según los críticos Kohut y Vilella. Recibió el Premio Ciudad de Barcelona 1991 y el Premio Internacional de Poesía Rafael Alberti 2003.

Cristina Peri Rossi, *Estado de exilio*, España, Visor, 2003.

Cristina Rivera Garza (Ciudad de México, 1964). Es escritora y académica, catedrática en la Universidad de Houston. Su narrativa ha obtenido un amplio reconocimiento; uno de sus libros, *Nadie me verá llorar*, recibió amplios elogios de Carlos Fuentes. Entre sus numerosos premios, ha obtenido dos veces el Sor Juana Inés de la Cruz.

Cristina Rivera Garza, *Viriditas*, México, Mantis Editores, 2009.

Elsa Cross (Ciudad de México, 1946). Es poeta, traductora, ensayista y catedrática. Vivió dos años en la India. Es autora de más de veinte libros de poesía y dos de ensayo. Octavio Paz la calificó como una de las voces más personales de la poesía mexicana. Perteneció al Sistema de Creadores de Arte.

Elsa Cross, *Poesía completa (1964-2012)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012.

Eugenio Montejo (Caracas, 1938-Valencia, 2008). Poeta y ensayista venezolano. Su poesía se caracteriza por la rica gama textual y el gran dominio de las formas, constituyéndose en un gran representante de la poesía suramericana. Publicó, entre otros, los libros *Elegos*, *Muerte y memoria* y *Terredad*. Es autor de importantes ensayos y ha sido merecedor de varios galardones por su obra literaria.

Eugenio Montejo, *Geometría de las horas. Una lección antológica*, México, Universidad Veracruzana, 2006.

Gabriela Mistral (Vicuña, Chile, 1889-Nueva York, Estados Unidos, 1957). Fue escritora, docente, diplomática y pedagoga. Obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1954 y fue designada Doctora Honoris Causa por el Mills College of Oakland (California), entre otros numerosos premios y reconocimientos. Ha sido traducida a decenas de idiomas.

Gabriela Mistral, *Gabriela Mistral*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

Gilberto Owen (El Rosario, Sinaloa, 1904-Filadelfia, 1952). Fue diplomático y poeta. Su primera poesía siguió moldes modernistas y se fue transformando a su propio estilo libre. En sus textos, reflexionó sobre la existencia humana. Además de poesía, cultivó el poema en prosa, el relato y el género epistolar.

Gilberto Owen, *Perseo vencido*, México, El Colegio de San Luis, 2010.

Gloria Gervitz (México, 1943). Es una poeta y traductora que vive actualmente en Estados Unidos. Ha traducido a Kenneth Rexroth, Samuel Beckett, Susan Howe y Rita Dove. Su obra consta de un solo poema largo, *Migraciones*, que ha ido escribiendo a lo largo de más de treinta años e integra siete libros. Se ha traducido el poema completo al inglés y algunos de sus fragmentos a ocho idiomas.

Gloria Gervitz, *Gloria Gervitz*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

Gonzalo Rojas (Lebu, Chile, 1916-Santiago, Chile, 2011). Fue uno de los más destacados poetas y profesores chilenos. Recibió numerosos premios internacionales, entre ellos el Reina Sofía de Poesía de España, el Octavio Paz de México y el José Hernández de Argentina, además del Premio Nacional de Literatura de Chile en 1992 y el Premio Cervantes de Literatura del 2003. Perteneció a la generación del 38.

Gonzalo Rojas, *Antología de aire*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

Idea Vilariño (Montevideo, Uruguay, 1920-2009). Fue una de las más destacadas poetas uruguayas. Perteneció a la generación del 45, misma de la que fueron parte Mario Benedetti y Juan Carlos Onetti, quien la encabezaba. Además de poeta, fue traductora, educadora y compositora. Recibió importantes premios, aunque se negó siempre a promover su obra por sus convicciones.

Idea Vilariño, *Poesía completa*, España, Lumen, 2008.

Jorge Luis Borges (Buenos Aires, 1899-Ginebra, 1986). Fue un escritor argentino, considerado uno de los más destacados de la literatura del siglo xx. Entre otros, ganó el Premio Miguel de Cervantes en 1979. Su obra fue traducida a decenas de idiomas y llevada al cine y a la televisión. En 1999, el gobierno argentino emitió una serie de monedas conmemorativas por el centenario del nacimiento de Borges. «Borges utiliza un singular estilo literario, basado en la interpretación de conceptos como los de tiempo, espacio, destino o realidad».

Jorge Luis Borges, *Obra Poética*, Buenos Aires, Emecé, 2010.

José Carlos Becerra (Villahermosa, 1936-Brindisi, Italia, 1970). Fue un poeta que destacó por su calidad y su estilo original. Exploró en sus textos un nuevo lenguaje que incorpora,

en verso largo, numerosas imágenes de la vida contemporánea. Falleció en un accidente automovilístico.

José Carlos Becerra, *El otoño recorre las islas*, México, Era, 1973.

José Emilio Pacheco (Ciudad de México, 1939-2014). Fue poeta, destacado investigador y ensayista, además de narrador, cronista y traductor. Una de las figuras claves de las letras mexicanas del siglo xx. Su honradez intelectual fue una de las características principales de su carrera.

José Emilio Pacheco, *No me preguntes cómo pasa el tiempo*, México, Joaquín Mortiz, 1997.

José Gorostiza (San Juan Bautista, hoy Villahermosa, Tabasco, 1901-Ciudad de México, 1973). Fue un poeta y diplomático, labores a las que dedicó gran parte de su vida. En 1954 fue elegido miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. Su poema «Muerte sin fin» (1939) es uno de los más importantes poemas largos escritos en español del siglo xx. Se le conoce como «el poeta de la inteligencia».

José Gorostiza, *Poesía y poética*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

José Lezama Lima (La Habana, 1910-1976). Fue ensayista, cuentista, novelista y poeta. Se le considera, junto a Alejo Carpentier, una de las más grandes figuras que ha dado la literatura insular. Con su novela *Paradiso*, se consagró en la narrativa del

siglo xx. Fundó la revista *Orígenes*, trascendente en las letras cubanas.

José Lezama Lima, *Poesía completa*, México, Sexto Piso, 2016.

José Manuel Arango (El Carmen de Viboral, Colombia, 1937-Medellín, Colombia, 2002). Fue poeta y traductor. Premio Nacional de Poesía. Su poesía buscó raíces de la tradición clásica e hispanoamericana, pasando por la poética anglosajona y lejano Oriente. Incursionó en la poesía erótica de largo aliento.

José Manuel Arango, *Obra selecta*, Colombia, DesHora, 2017.

Malva Flores (México, 1961). Es poeta, traductora y ensayista, ganadora de importantes premios nacionales, entre ellos el Nacional de Poesía de Aguascalientes y el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino. Es autora de una decena de libros, colaboradora de varias revistas. Además, ha sido antologada en numerosas muestras.

Malva Flores, *Antología general de la poesía mexicana. Poesía del México actual de la segunda mitad del siglo xx a nuestros días*, México, Océano, 2014.

Marco Antonio Montes de Oca (Ciudad de México, 1932-2009). Fue un poeta que también se desempeñó como pintor. Dejó una extensa e influyente obra poética, además de ser un personaje importante dentro del movimiento cultural y acadé-

mico mexicano. Recibió numerosos reconocimientos y participó en las revistas más importantes de México.

Marco Antonio Montes de Oca, *Delante de la luz cantan los pájaros. Poesía 1953-2000*, México, Fondo de Cultura Económica/Letras Mexicanas, 2000.

Margarita Michelena (Pachuca de Soto, 1917-Ciudad de México, 1998). Fue una destacada poeta, traductora y crítica literaria. Dejó seis libros con sus poemas y otro sobre la situación de la poesía mexicana. Fue directora de la revista *El libro y el pueblo*, de la Secretaría de Educación Pública.

Margarita Michelena, *Jardín de palabras*, México, Grijalbo/Conaculta/Botella al Mar, 1992.

María Auxiliadora Álvarez (Caracas, 1956). Poeta y artista plástica. «Una de las voces más destacadas de la poesía hispanoamericana actual», estudió Letras Hispánicas en Estados Unidos y Artes Plásticas en Venezuela y Colombia. Ha obtenido diversos reconocimientos por su obra poética, además de realizar exposiciones de su obra plástica.

María Auxiliadora Álvarez, *Cuerpo + Paréntesis del estupor*, Mantis/Universidad Autónoma de Nuevo León, 2011.

María Baranda (Ciudad de México, 1962). Es una poeta, narradora y traductora que ha obtenido numerosos premios y reconocimientos, entre ellos el Premio Nacional de Poesía de Aguascalientes y la beca del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Su obra ha sido ampliamente antologada y está presente en numerosas revistas literarias.

María Baranda, *María Baranda*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017.

María Negroni (Rosario, Argentina, 1951). Es ensayista, escritora, traductora, docente y poeta. Vive en Nueva York. Algunos de los premios que ha recibido son el PEN Award for Best Book of Poetry in Translation, por Islandia, en el 2013. Obtuvo las becas Guggenheim, Fundación Octavio Paz, New York Foundation for the Arts y Civitella Ranieri.

María Negroni, *La Boca del Infierno*, México, Mantis/Universidad Autónoma de Nuevo León, 2009.

María Rivera (México, 1971). Es poeta y promotora cultural. Su primer libro obtuvo el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino en 2000. Cinco años más tarde, ganó el Premio Nacional de Poesía de Aguascalientes. Sus poemas han sido ampliamente antologados y sus letras se extienden a periódicos y revistas.

María Rivera, *Hay batallas*, México, Joaquín Mortiz, 2005.

Marosa di Giorgio (Salto, 1932-Montevideo, 2004). Fue una destacada escritora uruguaya. Su poesía, con frecuencia trazada en prosa, reunió calidad e intensidad. Recibió el Premio Fraternidad en 1982. Más de treinta libros dan testimonio de su obra, en la que destaca *La veta del erotismo*. Reunió su poesía en *Los papeles salvajes*.

Marosa di Giorgio, *Los papeles salvajes*, Argentina, Adriana Hidalgo, 2000.

Nicanor Parra (San Fabián de Alico, Región del Biobío, 1914-La Reina, Santiago, 2018). Poeta, matemático y físico chileno que popularizó la noción del «antipoema» y se convirtió en un referente de la poesía del siglo xx, por su voz antiolemne, sarcástica e irreverente.

Naín Nómez, *Poesía chilena contemporánea: breve antología crítica*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1992.

Nicanor Parra, *Poemas para combatir la calvicie*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Octavio Paz (México, 1914-1997). Fue un diplomático, poeta y ensayista mexicano, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1990. Además, es considerado una de las figuras intelectuales más prominentes del siglo xx.

Octavio Paz, *Obra Poética*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Olga Orozco (Toay, La Pampa, Argentina, 1920-1999). Fue poeta y cuentista de la generación de los 40. Una de las poetas más importantes de la lengua española en el siglo xx. Su poesía, sustentada en el encabalgamiento y el versículo, le permitió ahondar en forma alucinante en los mundos del amor, la muerte, la soledad.

Olga Orozco, *Poesía completa*, Argentina, Adriana Hidalgo, 2013.

Patricia Medina (Guadalajara, Jalisco, México, 1947). Es poeta y ha sido directora de Literalia Editores desde 2002. Imparte

talleres de creación literaria desde 1985. Ha obtenido más de treinta premios y reconocimientos por la calidad de su obra, que incluye varias novelas, una treintena de títulos de poesía y casi trescientos títulos editados por su firma editorial.

Patricia Medina, *Trópicos fundamentales*, México, Mantis/Literalia, 1997.

Raúl Bañuelos (Guadalajara, Jalisco, 1954). Es uno de los autores más destacados de su generación. Fundó y mantuvo un taller literario de nombre Antitaller de Poesía César Vallejo, en donde se formaron varias generaciones de poetas. En sus libros, el lenguaje conversacional se revela como la posibilidad de modelar la realidad con una transparencia inusitada.

Raúl Bañuelos, *Cantar de forastero*, México, Arlequín, 2013.

Raúl Gómez Jattin (Cartagena de Indias, Colombia, 1945-1997). Actor experimental y poeta colombiano. Se le reconoció por su poesía biográfica y su trabajo como actor. Publicó su primer libro a los 35 años. Los últimos diez años de su vida los pasó en medio de episodios de locura y drogadicción.

Raúl Gómez Jattin, *Amanecer en el Valle del Sinú. Antología poética*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Raúl Navarrete (Arandas, Jalisco, 1942-Ciudad de México, 1981). Fue narrador, docente y poeta. Premio Nacional de Literatura Carlos Trouyet 1970 y Latinoamericano de Cuento 1974 por *Las olas del mar mudo*, Premio Nacional de Poesía

Aguascalientes 1977 por *Memorias de la especie*. Fue guionista principal del célebre comic *Fantomas*. Su obra es aún difícil de encontrar.

Raúl Navarrete, *Días perecederos. Antología*, México, Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco, 2011.

Raúl Zurita (Santiago de Chile, 1950). Es un poeta chileno honrado con altos reconocimientos como el Premio Nacional de Literatura y el Premio Pablo Neruda, entre muchos otros. Huérfano de padre a los dos años y de infancia pobre «pero ilustrada», fue detenido en 1973 tras el golpe militar de Pinochet, encarcelado y torturado. Una vez libre, usó la poesía como instrumento de libertad y expresión. Autor de numerosos libros, es reconocido como un gran poeta.

Raúl Zurita, *Mi mejilla es el cielo estrellado*, México, Editorial Aldus, 2004.

Julio Ortega, *Antología de la poesía hispanoamericana actual*, México, Siglo XXI, 1987.

Salvador Novo (Ciudad de México, 1904-1974). Fue poeta, ensayista, dramaturgo e historiador mexicano, vinculado al grupo de Los Contemporáneos. En 1925, fue jefe del departamento editorial de la Secretaría de Educación Pública. También fue crítico dramático. Fundó, junto a Xavier Villaurrutia, la revista *Contemporáneos*.

Salvador Novo, *Poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Silvia Eugenia Castellero (México, 1963). Es poeta y narradora, directora de la revista *Luvina* de la Universidad de Guadalajara, institución donde también funge como profesora investigadora. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte y autora de libros de poesía, ensayo y narrativa.

Silvia Eugenia Castellero, *La ciudad en el valle. 25 años de Expo Guadalajara*, México, Mantis, 2012.

Tamara Kamenszain (Buenos Aires, Argentina, 1947). Es una poeta y ensayista argentina, considerada una de las voces que más influyeron sobre las nuevas generaciones de poetas. La mayoría de sus libros han sido traducidos a otras lenguas. Entre los premios que ha recibido, están el José Lezama Lima y la Medalla de Honor por el Centenario de Pablo Neruda.

Tamara Kamenszain, *La novela de la poesía. Poesía Reunida*, Argentina, Adriana Hidalgo, 2012.

Xavier Villaurrutia (Ciudad de México, 1903-1950). Escritor, crítico, dramaturgo y poeta. Su obra está influida por el surrealismo, abordando los temas de abandono, desolación y muerte. Fundó dos revistas junto a Salvador Novo: *Ulises* (1927-1928) y *Contemporáneos* (1928-1931). Se le reconoce también por su trabajo como dramaturgo por sus obras dramáticas y de producción poética.

Xavier Villaurrutia, *Xavier Villaurrutia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

**El
cielo
de más
arriba.**

**Poemas sobre el
entorno**

se terminó de editar
en noviembre de 2018 en las
oficinas de la Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

Modesta García Roa
Coordinación editorial

Rubén Gerdel
Cuidado editorial

Daniel Zamorano Hernández y Pablo Ontiveros Pimienta
Gerardo Hernández Clark
Diseño y diagramación